

OLGA SALAR



*Jimena*  
no deshoja margaritas

La música es lo más importante en la vida de Jimena: su trabajo, su manera de expresarse, su pasión... De hecho, su chelo es el mejor amante que ha tenido: fiel, comprensivo y siempre dispuesto a satisfacerla. Así que, ¿para qué necesita un hombre por muy atractivo que sea? Jimena no está dispuesta a soportar que nadie le diga qué debe hacer, ni cómo vestirse, que piense que su lengua es un arma de destrucción masiva o que se queje de lo horrorosas que son sus pecas... Y eso es justo lo que pasa cada vez que tiene la mala suerte de coincidir con Lucas.

Pero cuando se ven forzados a compartir una casa antigua en un pueblo en medio de ninguna parte, las chispas empiezan a saltar... sin que ninguno de los dos pueda evitarlo.

Una historia vibrante y sensual sobre la fuerza avasalladora del amor; capaz de atraparte incluso cuando no quieres deshojar margaritas y eres inmune al flechazo.

*Con todo mi amor para Aitana,  
ojalá que cuando crezca sea tan valiente  
y decidida como Jimena.*

*«Jimena no deshoja las margaritas por miedo a  
que le digan que sí...».  
Rosa de lima (2000). Joaquín Sabina.*

## Capítulo 1

—No puedo creer que Lorena y tú hayáis organizado esto sin dobles intenciones. —Se burló Lucas.

—Es una cena de inauguración del piso, esa es la única intención. —Rubén remarcó deliberadamente la última palabra—. Por fin dejamos la casa de alquiler y ahora somos los dueños de nuestro hogar.

—Eso díselo al banco. Seguro que está de acuerdo con tu apreciación. —Se rio, intentando provocarle para que confesara lo que había sospechado desde el principio.

—Tú siempre estropeando los buenos momentos. Deja de ver problemas donde no los hay, es una simple cena de celebración. —Volvió a remarcar Rubén.

—Ya, por eso solo hay dos invitados a tu cena, y casualmente son un chico y una chica.

—Acabas de regresar de Ginebra, también queríamos celebrarlo. Eres demasiado retorcido, Lucas, y crees que los demás somos igual que tú —censuró tendiéndole una bandeja con unas tazas coloridas para el café.

Lucas se echó a reír con ganas, apoyándose en la encimera.

—No cuela, numeritos. —Le avisó usando su antiguo apodo. Un sobrenombre que se había ganado en el instituto gracias a su habilidad con las matemáticas. Y con el que años después había sido rebautizado por sus alumnos del instituto en el que impartía dicha asignatura.

—Vale, ¿y qué hay de malo si Lorena ha preparado una cena con la intención de que nuestros amigos se conozcan?

A lo mejor tenía la esperanza de que os gustarais, y sinceramente, no veo el problema.

—¡Lo sabía!, sabía que era una trampa.

—No es una trampa, es un empujoncito en la dirección correcta y, si se lo cuentas a mi novia, te mato. —Amenazó sosteniendo la bandeja con las cuatro tazas.

—Llámalo como quieras. Lo que me sorprende es que Lorena esperase que me gustara su amiga. Esa chica es todo lo opuesto a lo que me atrae de una mujer. —Cogió la bandeja con intención de llevarla hasta la mesa y dar por terminada la conversación. Sin embargo, Rubén no la soltó, interesado en recibir algunas explicaciones, la sujetó de forma posesiva.

—¿Por qué dices eso?

—¿No es evidente? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Pues no —contestó con expresión de desconcierto.

—Es, cómo decirlo amablemente... ¿poco agraciada?

—A mí no me lo parece. —Le contradijo su amigo, aferrando con fuerza la bandeja—. De hecho yo la calificaría como atractiva.

—Entonces tendrás que revisar tus dioptrías, numeritos.

—Mis dioptrías están más que graduadas —dijo recolocándose las gafas de pasta sobre el puente de la nariz—, seguramente el problema es tuyo.

—En absoluto. Reconozco que tiene un buen cuerpo, demasiado flaco, pero interesante. El problema es que tiene más pecas en la cara de las que soy capaz de contar. El color de sus ojos es bonito, pero son demasiado grandes para su rostro, igual que sus labios. Y su pelo... ninguna mujer debería llevarlo tan desaliñado, es casi un sacrilegio. Esa chica es todo más de lo mismo, bonito color, mal conjunto.

—Pues sí que le has dado un buen repaso para no gustarte nada. —Le atacó Rubén, molesto por la mordacidad de Lucas. Normalmente no era tan superficial; aunque las

mujeres con las que salía siempre eran guapísimas, parecían sacadas de un catálogo de alta costura.

—Ya sabes, deformación profesional, todas las fachadas me interesan a primera vista, otra cosa es que sigan haciéndolo a la segunda... Pero es que el colofón final son sus zapatillas de deporte.

—No seas elitista. ¿Qué tienen de malo unas zapatillas? Cualquiera diría que tú no tienes unas.

—No hay nada de malo en ellas si las llevas para salir a correr —espetó a la defensiva.

Él no era elitista, simplemente le atraían las mujeres femeninas que cuidaban su aspecto. Algo que no hacía la amiga de Lorena, que además de con zapatillas, había asistido a la cena con vaqueros de pata de elefante, por clasificarlos de algún modo, y una camiseta descolorida con el tablero del parchís estampado en la pechera. Era simple buen gusto.

Jimena estaba tan concentrada en la conversación masculina que se sobresaltó cuando notó una mano que oprimía, con afectuosa presión, su hombro.

Se giró perdida en sus pensamientos, para toparse con la mirada preocupada de su mejor amiga. Lorena siempre se había comportado con ella como si necesitara de su constante protección, algo impensable para alguien que conociera a Jimena.

*Desde luego será una madre controladora*, se dijo esta con cálida ironía.

Más por tranquilizarla que porque realmente le hubiera dado importancia a lo que había escuchado, se encogió de hombros y entró en la cocina con paso firme, cortando de golpe la conversación:

—Pues es una suerte no gustarte, así me ahorras tener que mandarte a la mierda —explicó sin perder la sonrisa fría que se había instalado en su rostro mientras escuchaba.

Ni Rubén ni Lorena, que la había seguido al interior de la cocina, se atrevieron a abrir la boca. Sorprendentemente

fue el propio Lucas el que habló con la misma calma que su interlocutora.

—No sabía que la acumulación de pecas imprimiera tanto carácter —respondió resaltando el que consideraba el mayor de sus defectos.

—¡Oh no!, te equivocas. Según tengo entendido son las narices aguileñas las que lo aportan, aunque tú no tienes mucho aspecto de tenerlo.

—Parece que te ha dolido bastante mi rechazo, sobre todo teniendo en cuenta que no estás interesada.

—¡Seguro que sí, guaperas!

Y dicho esto, se dio la vuelta muy digna, y abandonó la habitación haciendo rechinar sus zapatillas de deporte, no sin antes escuchar a Lucas decir en voz alta:

—Lo siento, chicos, pero la única cualidad que le encuentro es que huele muy bien. Muy, muy bien.

Jimena se mordió la lengua para no contestarle y se encaminó al salón a la espera de que llevaran el café.

\*\*\*

Jimena se había encerrado en la habitación insonorizada con la sana intención de dormir.

Patricia y ella la habían hecho insonorizar para sus ensayos con el violín y el chelo, respectivamente, pero en ocasiones como esa, Jimena se planteaba la posibilidad de trasladar el dormitorio de su amiga hasta allí. Patricia era demasiado... ¿expresiva?, ¿ruidosa? Cuando quedaba con sus ligues, y Jimena tenía que abandonar el calor de su cama si pretendía dormir algo durante la noche.

La malo era que dormir sobre la alfombra equivalía a dormir en el suelo. Ni era lo bastante gruesa como para aislarla del frío ni lo suficientemente cómoda. Iba a tener que transportar hasta allí uno de los sofás del salón para ocasio-

nes como aquella, que por desgracia, eran bastante habituales en su vida.

Con un suspiro resignado, se levantó y abrió el estuche rosa chicle de su chelo, la única nota discordante que se permitía en su vida. Lo sacó con mimo, casi con reverencia, y asió con la mano derecha el arco. Lo colocó entre sus piernas, ladeó la cabeza y comenzó a tocar el *Concierto para Violonchelo y Orquesta N.º 1 en Do mayor* de Haydn, la pieza que había escogido para la prueba. Cinco minutos después y sin haber terminado el primer movimiento, apartó el arco de las cuerdas y maldijo en voz alta. Primero Patricia la sacaba de la cama, y ahora, el estúpido amigo de Rubén le arrebatava el placer de la desconexión musical que siempre había sido su refugio.

Enfadada, se levantó de la silla para guardar su instrumento en su lugar con sumo cuidado.

Una vez que el preciado chelo estuvo a salvo, decidió desquitar su malhumor con la almohada, que todavía estaba sobre la alfombra, en el lugar en el que había intentado dormir. Le lanzó la primera patada, pero no consiguió liberar toda la tensión que la embargaba y le impedía dormir, así que resolvió seguir probando con más golpes:

—Tú. —Nueva patada que acompañó con un pensamiento sobre lo bien que golpeaba la almohada, fruto de su interés por el fútbol.

—¡Estúpido! —Otra más fuerte, tenía que apuntar mejor, se dijo, sobre todo si quería que pasara por encima del atril de las partituras.

—¡Guaperas! —Chilló riendo.

—¿Crees de verdad que me importa tu opinión? —Patada que hizo volar la almohada a la otra punta de la habitación. ¡Ahora sí que había marcado gol!

—¡Pues no! —se respondió en voz alta.

Fue entonces cuando se dio cuenta que había ido levantando la voz gradualmente. Ya puestos, un grito más no



suponía ninguna diferencia, la habitación estaba insonorizada:

—No me importa, ni me importará nunca lo que pienses de mí.

Sonrió satisfecha de sí misma y regresó a la alfombra que seguía siendo tan incómoda como al principio, aunque ahora parecía que un poco menos.

Jimena se tumbó con su brazo bajo la cabeza, ya había tenido suficiente almohada por una noche. De hecho lo mejor sería que al día siguiente se hiciera con una nueva. No era plan de tener que dormir con el enemigo.

## Capítulo 2

Se lamentó por no haber invitado a Rubén, que era quien la acompañaba cada semana a ver los partidos de su equipo.

En esta ocasión se había decantado por Patricia, no por las súplicas lastimeras con las que la había perseguido durante varios días, sino por la oferta irrefutable que le había hecho al comprobar que con dar pena no iba a lograr nada. Por esa razón la violinista había terminado por ofrecerle lo que Jimena tanto anhelaba: paz en su propia casa.

A partir de ese momento iba a poder descansar durante un mes completo por el módico precio de llevarla a ver a CR7 con el pase de socio que usaba cada semana.

Su amiga había prometido trasladar uno de los sofás del salón a la sala de música para realizar allí, en la habitación insonorizada, sus ruidosas actividades nocturnas. Pasado el mes estipulado tendrían que deshacerse del sofá, pero esa era otra historia sobre la que pensaría más adelante.

—¿Cómo vamos a colarnos en los vestuarios? —preguntó Patricia, muy seria.

—No vamos a colarnos en ningún sitio, vamos a sentarnos con tranquilidad a ver el partido.

—Pero yo quiero ver a Cristiano. —Se quejó haciendo un mohín.

—Y lo verás. En el terreno de juego. —Zanjó Jimena.

Haciendo oídos sordos a sus quejas fue escalando gradas hasta llegar a sus localidades habituales. Los demás aficionados fueron llegando, y Jimena se entretuvo viendo el calentamiento del equipo local al tiempo que Patricia se

quejaba de lo lejos que estaban del campo y lo mucho que tardaba CR7 en aparecer.

Sintió la vibración del móvil en el bolsillo del abrigo, y se sintió culpable cuando vio que era Rubén quien llamaba, el amigo al que había dejado tirado por dormir ocho horas al día.

—Mira diez filas más abajo —le dijo en cuanto se llevó el teléfono a la oreja, como si pudiera verla.

—¿Por qué?, ¿para qué?, ¿qué pasa?

—¡Hazlo! Y no preguntes tanto.

Se levantó con curiosidad y dirigió la vista hacia el lugar indicado por su amigo, topándose con dos ojos azules que la miraron de arriba abajo con abierta censura. A su lado Rubén agitaba los brazos para saludarla sin ninguna muestra de resentimiento en su gesto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el móvil pegado a su oreja.

—Lucas ha conseguido entradas. Se las ha regalado uno de los jugadores al que acaba de hacerle los planos para su casa.

—¿En serio?, ¿qué jugador? —preguntó con curiosidad.

—No sé. ¿Es importante?

—Mucho —declaró con seriedad. Necesitaba saber a cuál de los jugadores debía incluir en su lista negra. Rezó para que no fuera Jonas, el máximo goleador del equipo.

—Vale, espera y le pregunto. —Pidió, y se puso a hablar con Lucas que estaba a su lado.

Jimena podía escuchar toda la conversación desde el otro lado del teléfono.

—¿Para quién eran los planos que me has contado antes?

La voz del arquitecto sonó suspicaz.

—¿Por qué quieres saberlo ahora, antes no me has preguntado?

—Jimena quiere saberlo. —Confesó Rubén con toda inocencia—. Es muy curiosa.

—Pues dile que no es de su incumbencia —respondió Lucas, categórico.

Jimena apretó los puños con fuerza imaginando que era el pescuezo de ese arrogante lo que oprimía.

—Jimena, no sé quién es el jugador, pero seguro que es del equipo visitante, ningún jugador del Valencia le pediría que le hiciese los planos a un hincha del Madrid. —Bromeó con mala uva, molesto por la respuesta de Lucas.

—Lucas es del Real Madrid. —Repitió más para sí misma que para su interlocutor—. Entonces no me extraña que nos repelamos mutuamente.

—Sí. Desde pequeño.

—Perfecto. Ahora sí que es perfecto —declaró con ironía.

—No seas borde, que tu padre es del Barça.

—Mi padre no es precisamente un buen ejemplo, y lo sabes.

—Eres única. ¿Te veo al salir?, ¿en el descanso? ¡*Amunt València!*

—Si vienes solo...

—Eres imposible. —Se quejó Rubén con una sonrisa en la voz que hubiera notado aunque no hubiese estado mirándolo mientras hablaban.

—Creía que habías dicho que era única. —Lloriqueó burlona.

—Eso también. —Concedió Rubén, resignado.

—Nos vemos. —Cortó la comunicación.

Jimena echó una nueva mirada despectiva a Lucas, con la intención de dejarle claro que ella pensaba lo mismo de él, y se giró para volver a su asiento, encontrándose con Patricia que la había seguido, curiosa por saber a quién había matado con la mirada.

—¿Quién es el que está con Rubén? Está buenísimo.

—Olvídalo, Patri.

—Imposible. Míralo bien. —Insistió, asombrada por no haberlo visto antes.

—He dicho que no. ¿De acuerdo?

Patricia abrió los ojos sorprendida por la vehemencia de la petición.

—Ah, ya comprendo. Perdona, Jimena, no sabía que lo querías para ti —comentó con total naturalidad. Había demasiados peces en el mar como para molestarse porque uno se le escapara.

—No me interesa, no se trata de eso.

—Ya, seguro. —Y añadió tras darle un último repaso a Lucas—, así vestida nunca lo conseguirás.

*Ya puestos ni desnuda*, se dijo Jimena.

—Ya te he dicho que no me interesa —respondió más por librarse de sus pensamientos que por intentar convencer a Patricia.

—Claro, y como no te interesa casi me comes cuando he preguntado por él —comentó caminando hacia su asiento.

—Eso ha sido porque me asquea la idea de tener que compartir el baño con él cuando le echas de tu cama a la mañana siguiente.

Patricia la miró incrédula, pero tuvo el buen tacto de no contradecirla.

La conciencia de Jimena no fue tan discreta: *¡mentirosa!* Le gritó a pleno pulmón.

En el descanso el Valencia perdía dos a cero, Patricia se dedicaba a coquetear con el chico sentado a su lado y encima iba a tener que soportar la presencia de Lucas que llegaba acompañado de Rubén que había subido a saludarla. *¿Por qué narices no se había quedado en su asiento?*

—¿Cómo lo ves, Jimena?, ¿remontaremos? —preguntó su amigo dándole dos besos.

—Eso dependerá de lo vendido que esté el árbitro —respondió con mordacidad.

No miró a Lucas, pero este no tardó en hacerles saber que su pulla había dado en el blanco.

—¿Por qué será que todos los perdedores le echan la culpa a los árbitros? —dijo con estudiada indiferencia.

Jimena iba a replicar, cuando Rubén, conocedor del carácter de la chelista, intervino para quitarle importancia a ambos comentarios.

—Será mejor que no digas nada más, Lucas. Estás rodeado de valencianistas.

—Gracias por el apunte, amigo. No recordaba lo groseros que pueden llegar a ser algunos de ellos.

Rubén miró a Jimena a la espera de su respuesta. No obstante, ella solo sonrió. *¡Qué te lo has creído! Si te contesto me doy por aludida y yo puedo ser muchas cosas, pero ¿grosera? Jajajajaja.*

Su amigo le guiñó un ojo, agradecido por su silencio. No tenía ninguna gana de presenciar como sus colegas se despellejaban vivos, con ver la acción en el terreno de juego ya tenía más que suficiente.

Como era de esperar, la conversación decayó casi al instante, ya que ni Jimena ni Lucas estaban por la labor de charlar; Patricia seguía pendiente de su nuevo amigo y Rubén no era buen monologuista.

Los dos hombres se marcharon cuando los jugadores volvieron a saltar al terreno de juego.

—Este de aquí al lado me ha dicho que puede colarme en el túnel de vestuarios —explicó acercándose al oído de Jimena.

—Ese de ahí al lado donde quiere colarse es en tus bragas.

Patricia le lanzó una mirada apreciativa al tipo antes de replicarle a su amiga.

—A lo mejor otro día me hubiera tentado la oferta, pero hoy no. Mis bragas están reservadas para otra persona.

—Seguro que sí, Patri.

—¿Qué envidiosa eres! En cuanto me vea caerá rendido, como todos los demás —respondió con la misma sonrisa coqueta que reservaba para sus conquistas.

Patricia era una chica atractiva de largo cabello dorado, unos tonos más oscuro que el de Jimena, voluptuoso cuerpo y rasgados ojos color miel. No obstante, esa noche sus flechas apuntaban demasiado alto.

—¿Envidiosa? Antes muerta que acostarme con alguien del Real Madrid.

—Ya entiendo. Esa es la razón por la que Lucas te cae mal, ¿no? Porque es del Real Madrid y no puedes acostarte con él. No, espera. No era por eso. Te cae mal porque está buenísimo o era por...

—¿Ya has terminado? Quiero ver el partido. —Zanjó con mala cara—. Yo no vengo a ver a guaperas forrados, vengo a ver a mi equipo.

—¿Dónde te has dejado tu sentido del humor? —preguntó sorprendida por su reacción a la broma—. Porque que yo sepa en tu equipo también hay guaperas forrados.

—Con seguridad en el mismo lugar en el que tú te dejaste la modestia.

—Comprendido. No más guaperas, forrados o no.

—Mira qué bien, al menos allí no te dejaste la suspicacia —comentó sin apartar la vista del terreno de juego.